

en off

Astrid Fugellie

POEMAS FRAGUADOS EN LA MEMORIA PUNZANTE

La poesía de Astrid Fugellie sorprende siempre por la capacidad casi sobrehumana para transformar el lado más oscuro y trágico de la vida en materia bella y luminosa. Insomnio y Asteriza, sus más recientes poemarios, se deslizan por esa vía de creación donde la poeta-alquimista puede ver claro en medio de los nubarrones, y diseñar futuros resplandores que alumbrarán su sendero.

En Insomnio vivimos la noche más larga, porque «en todo insomnio yace un entierro» nos dice la poeta. Las horas pasan lentas

para el yo poético que deglute, como en una ópera, el acto de la muerte de un tú interlocutor del que no puede sustraerse, porque no está en el libreto el camino que permita su desvío. Con un sentimiento de abandono, desde una casa poblada de soledad, la voz poética se desplaza en su mente por calles vacías, mientras prepara su asistencia a la «última fiesta,» otra forma decir «funeral». Como en las tragedias griegas, adolorida, experimenta el rechazo de los que deberían darle vida. El desamor de su descendencia, y el cuestionamiento de su estirpe son temas que se sienten a flor de piel en este funeral de oscuridades. Todo está en tela de juicio en la conmoción de su memoria: la maternidad, la amante y los roles de género impuestos culturalmente a la mujer, «¿Existirá la madre cabal/ la amante incansable / la casa serena?» Sin embargo, no todo está perdido, y la esperanza empieza a tomar forma en esta interrogación del final: «¿Se detendrán las auroras en mi copa?» Y la respuesta, su decisión definitiva, no se hace esperar, «quiero sobrevivir,» implicando el triunfo sobre la muerte de ese otro tú que también está presente en todo el poemario: «Un corte concluyente en la bañera... un corte una herida... el gusto amargo de las pastillas...» La voz de la hablante asume esa muerte, pero sabe que «volverá a latir la vida en la palma de (su) mano.» Se trata, pues, de una voz poética que se levanta con la fortaleza de una roca, y la lucidez de una estrella para salir y dar la cara a ese pequeño infierno que sin su permiso se instaló en su falda.

Asteriza, como el anterior, es un poemario donde la voz poética, sobreponiéndose a toda circunstancia, se dirige a un doble interlocutor desgarrado, alterego poético y, simultáneamente, una otredad que funciona como espejo de un fracaso que se siente hasta la médula de los huesos.

Con la lucidez y la seguridad de quien conoce íntimamente a sus interlocutores, la hablante se dirige a Asteriza en el momento de una pérdida absoluta para poner en cuestión la antigua plataforma de su existencia: la maternidad y la compañía, la vida y la muerte, el orden de los sistemas y el caos, Dios y el abismo... Asteriza como alterego

solitario, se pasea por una casa que no es la doméstica casa de sus sueños, sino un «recinto negro... con un balcón colgando de la horca» donde el polvo del tiempo cubre un secreto y la llave que lo abre está perdida. Este recinto se vuelve mundo, cosmos, universo donde viaja el poema como constelación de estrellas fugaces que descienden hacia un abismo común, en una caída muy al estilo huidobriano cuyos versos le sirven de epígrafe.

Como en Insomnio, Asteriza se ve obligada a asistir al sepelio en el que será desgarrada por los perros, pero sirve de consuelo que ésta será la última calle que transite. El cuestionamiento a ese doble interlocutor (Asteriza y el «otro») que aludí antes sucede en todo el poemario: Asteriza es «la escribiente de textos incendiados», «la empresaria», «la antimadre,» una sombra «con la sombra del que fuera,» sobre todo es la «invidente» que, paradójicamente, apenas ahora que realmente es libre, se da cuenta de que debe «llorar su cárcel.» Mientras tanto el «otro» se ha convertido en una memoria sin ojos, un centro con la muerte en la periferia: «¿Que hiciste para evitar tu extinción?» «Tuviste miedo de ser dos... tres?» pregunta la voz poética a quien de ahora en adelante jamás le podrá contestar.

La búsqueda continúa: «dónde la vida». Lo que deja claro que Asteriza no podía agotar la vida de su otredad en ese viaje de muerte y tampoco podía evitarlo, porque la diseñadora de ese terrible camino hacia el vacío no es Asteriza, sino alguien que en lugar de luz le inoculó las sombras... «debería ser tu madre / el primer criminal /que te sorprenda /.../que te sepulse,» quien le dio sombras en vez de luz.»

Por la incomprensión que encierra, la mayor tragedia es el rechazo que Asteriza sufre de parte de los niños que lloran en la tumba del «otro». Y de nuevo, allí está la luminosa voz poética que puede remontarse, más allá del presente, a las circunstancias y llegar a la memoria ancestral: esos hijos son «huéspedes tullidos» que sólo tienen un fragmento de «tu alma» o quizás «el sol inmolado de tristeza con un amor ulcerado ya sin piel.»

A la caída inevitable le siguen: una agonía que pareciera un viaje sin regreso, un miedo que todo lo invade, una duda que todo lo cuestiona, un desamparo que nos deja a la intemperie tiritando de espanto, y un caos que, felizmente, por las leyes de la física, ya contiene la semilla que revelará en su anverso la posibilidad de renacer en otro orden anticipado en este verso: «En ese fraguar estás tú.» Sí, porque la soledad no es una puerta clausurada, otros miembros de la tribu se acercarán a romper la muralla que rodea a Asteriza. Así lo percibe la voz poética clarividente que le revela una posible salida:

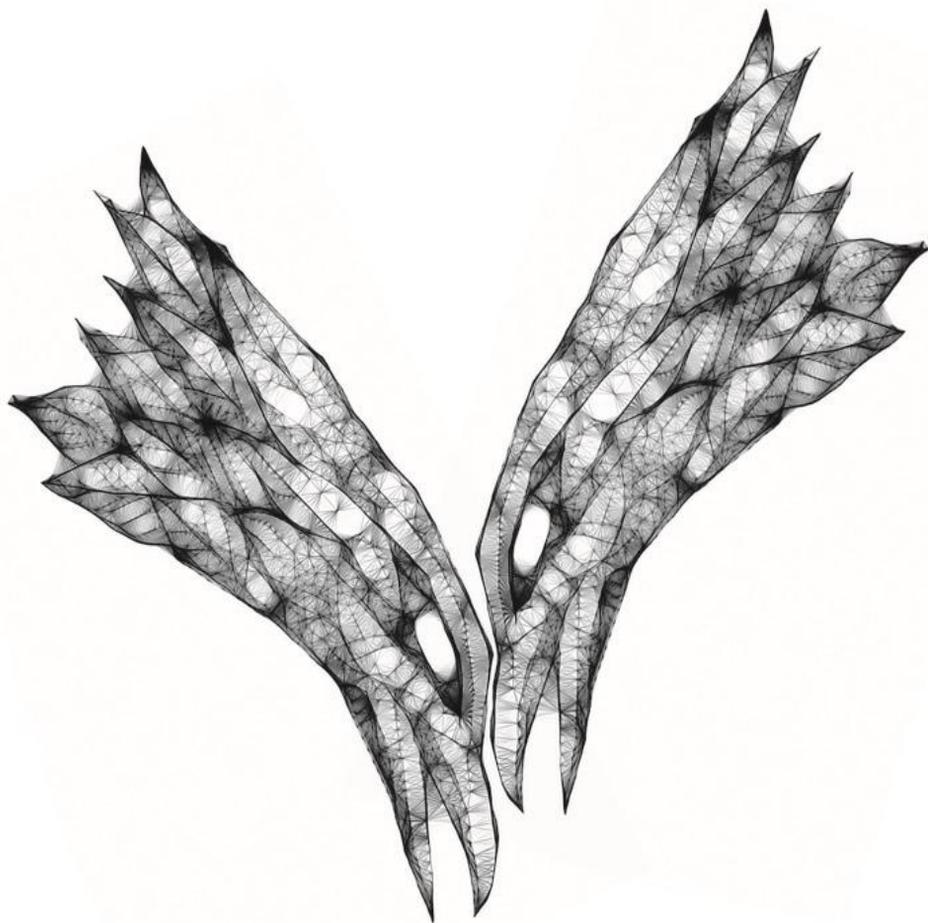
si despejaras las penas y
 evitaras cerrar el ventanal
 /... /
 uno que otro huésped de tu tribu se
 sentaría al aire libre de la noche
 invirtiendo el orden de sus
 sombras...

No se trata pues, en estos poemarios, sólo de una tragedia a pesar del tema, de su función catártica y de la confrontación con fuerzas inescrutables que arrasan y conducen a la autodestrucción fatal. Se trata de algo mucho más poderoso; pues en contrabalanza, Insomnio y Asteriza presentan también la manera de conjurar y contravenir la tragedia por el hilo de luz que aún queda en la voz poética y la voluntad de vivir y el poder de compartir de su alterego.

Consuelo Hernández
 poeta

AMERICAN UNIVERSITY
 Catedrática de Literatura y Estudios Latinoamericanos

ASTERIZA



12

Cae

Cae eternamente

Cae al fondo del infinito

Cae al fondo del tiempo

Cae al fondo de ti mismo

Cae lo más bajo que se pueda caer

«Altazor»

Vicente Huidrobro

D E S C E N S O

Asteriza, Asteriza en
el desplome estás tú
Asteriza

Has dado un brinco al desierto

con la jarra

vacía. ¿Dónde

has caído,

Asteriza?

En la memoria de los que

ya dejamos de ser niños.

En la lengua, esa palabra

llorando.

¿En qué país deliras y das pasos

de ciega?

Y a qué sepelio te unes

sacrificada

sí

moribunda: la

siempreabierta de huesos.

El balcón como un ataúd

colgando por el peso de

este mundo.

La noche violada por un dios incestuoso

la noche vomitando por su boca

amuecada lo innombrable: esa pena

detenida en el tiempo esa enfermedad

incurable esa tristezaterminal que
llevamos como llaga profunda.

El dormitorio
destrozado a la espera
de nadie con el televisor
retratando tus lágrimas
y ese espejo recostado
en el abandono.

El living con su secreter tapado
en polvo al cuidado de una llave
perdida que lo abra en aquel
acto el menos violento de las
palabras.

La estantería venida de la muerte,
saliendo de la muerte para entrar a

la muerte con ese dolor el que se
siente cuando se vela a Dios.

Asteriza, Asteriza

agonizando estás tú

Asteriza

Saltas y mueres de muerte

ciega.

Has tardado en llorar tu cárcel la
piedad no se ha hecho presente en las
avenidas que te conducen al último
golpe. A qué nombrar tus ojos entonces
a qué detenerse en el silencio
descuidado de los muñecos a qué jurar
en vano el hambre de las jaulas con ese
aullido oculto de animala y con esa
certeza de monja fragmentada Asteriza
tú la In-vidente.

No hubo un vínculo celestial
que inundara tu cuerpo lo
cogiera con resignación y lo

llevara al comienzo o al fin de
la partida.

Con los pies hechos tira y el
corazón hachado fuiste
caminando: viajando ciudades que
horrorizan aldeas que babea su
mentira.

Te acercaste a la muerte de la
historia y bebiste humillada las
culpas. ¿Qué hiciste para evitar tu
extinción ya sentenciada antes de
abrir los ojos?

Con ese extraño deseo de
quedarse hasta el fin del

sacrificio corriste a presenciar la

estridencia:

había mendigos en cada

esquina que volteabas niños

resignados a lo que quedó

después de aquella

fiesta: Jesucristo no

tiene culpas el

crucificado sollozó en

esa muerte pública.

Nada te refugia la

extremaunción es culto

en tu camino.

Demasiada inquietud en las calles
demasiada como coágulos
nocturnos.

¿Acaso el crepúsculo, la amanecida
esos árboles o las flores del jardín
fueron apagándose como se apaga
la vida para luego arrastrarse en
cáscara de oruga por las avenidas
sin retorno? Es la línea continua
del viaje el silencioso piar de los
pájaros mórbidos de los hombres
muriendo con sus máscaras y sus
diablos.

Asteriza, Asteriza
junto al miedo estás
tú

Asteriza
Tuviste miedo de ser
dos de ser tres de ser los
cuatro rincones del
espejo.

Viéndote llorar junto a las aves
partes hacia la tumba donde
volverás a hablar con el miedo.

Sería aconsejable entonces una
cruz a los pies de la memoria.

La memoria, la memoria ya sin ojos
la memoria como un cuerpo
muerto y esta huida hacia la noche.
Preferías no haber tocado esa
guitarra. Todo es funeral cuando
apareces cuando gateas o te alzas
todo todo es funeral de piedras
muertas.

¿Dónde entonces, Asteriza?
Acabarse en este viaje
evitarlo:
debería ser tu madre el primer
criminal que te sorprenda el
primer criminal adorable que te
sepulte. Porque tú seguiste su
ejemplo de mariposa triste y todo

fue calvario. Maldita maternidad la
tuya la que no tuvo vuelo la que no
tuvo alcance la que quiso abortar al
hijo desvalido y sin embargo no
pudo evitarle la desgracia: -¡Dar a
luz! -dijiste y fuiste a dar a las
sombras de un vuelo errático.

Era horrible tu caída hacia la
noche ese paso al interior de
tus huesos esa salida turbia
al exterior de tu carne que
viajó y viajaría entre dos
siglos uno sobre el otro dos
eras parecidas al desborde
del infierno.

Los diablos verdes

acompañan
tu sepelio los desniveles
de la acústica revientan
tus oídos. Hay sonidos de
sirenas anunciando esta
vida miserable de los
hombres esta
muerte en vida: tres cruces
ondeando hacia el vacío.

No te acogen las ciudades las
basílicas no te acogen. No te
acoge la familia exterminada los
hijos gimen en su tumba los
hermanos envejecen los insectos
se aviejan.

La enfermedad
chorrea su verbo
inútil. Todo es perecer
en este viaje: la memoria
ciega de estrellas las
estrellas muertas de frío y
la noche en donde acampas
suspendida para luego
perder altura y caer a la
tierra de un Dios ausente
¿Qué invención qué vida
muriendo
es la tuya? Debería ser tu
madre muerta la primera
muerta
que te libre la primera
bestia y diosa que te
vengue en ese vuelo sin

espejos. Ella tu madre la
que te busque
sí
te rapte abrazándote para otra
ceremonia donde acaso tu alma
deshabite y tu lamento sea la
campana crepuscular donde la
lengua cante el lenguaje que
nunca pudo.

¿Dónde entonces, Asteriza?

¿Dónde el funeral menos amargo?

Asteriza, Asteriza

en la duda estás tú

Asteriza

Caminas las culpas, ese orden

maligno.

¿En la premura de qué tu

vuelo? caída perpetua

búsqueda de horizonte

retrasado a los ojos del
vacío. ¿Qué ciruelo trágico
fenece por tu sangre de
mariposa insomne por tus
crisantemos negros con olor
a antiguo a miedo de
gorriona desnuda?

¿Es la lluvia
ancestral la que te
confunde? Las
estrellas acaso tres
cruces tumbosas
arrojadas a la noche.

¿Y tus hijos, anti-madre esos
huéspedes tullidos en el
irritado vientre baúl de raíces
malsanas? ¿casualmente le fue
fragmentada tu alma al estado

fetal de sus almas o fue el sol
inmolado de la tristeza con su
amor ulcerado ya sin piel?
¿dónde y cuándo tu parto
relampagueó traumático
volviéndote la más
fosforescente de las sombras
errantes de las fantasmas
exiliadas de los sueños?

Porque fuiste la anti-
diosa en ese grito mudo.

La náufraga del abismo
la de los hijos hermosos.

Tu vértigo de tilde
muerta se detuvo por
breve tiempo en las
rosas de un cielo con
tormenta. Se abrieron

luminosas las estrellas
esa noche cuando
vestiste el infinito
cansancio de la
trascendencia donde
viven las diosas de un
amor perpetuo y raro.

Sin embargo aún persiste
la duda el terror de
animala herida la angustia
de un vuelo enrarecido en
esa caída dramática en esa
búsqueda infructuosa que
derramó tu
amamantamiento cuando
dos pechos escandalosos
dos pezones llagados como
una lástima cortada dieron

sorbo a sorbo esa leche
cautiva a sus bocas
hambreadas.

¿Les traspasaste tu óxido
lactoso el destino
inmisericorde de animala
enjaulada esa celda de
astros viejos? ¿fue el
alumbramiento o el
alimento gangrenado el
verdugo de tu herencia a
los pies de un universo
despiadado candente?

Heredaste el atavismo de
tus genes y otros genes que
lamentas haber cedido
reflejo pálido del para qué

de ese montaje taciturno

esa caída inútil de seis

lunas.

Nada está resuelto, Asteriza.

Asteriza, Asteriza en el

desamparo estás tú

Asteriza

El lenguaje que hablaste
el que nadie merece.

Te has acostumbrado a los
adioses a que todo termina
tristemente a que las calles se
despiden y ya no vuelven. ¿A
cuántas ciudades has llegado
con esos ruidos que las
vuelven pánico deletreada
pisada de la muerte? Tú
mariposa
lo sabes tú pobre e inválida
nunca ignoras que tu nombre
es de un día y que estás
prescrita a ese misterio:
elegir tu propia herida. ¿Qué
haré contigo bestia errante?
¿Acaso no te has enterado que
todas las ciudades desvelan que

sus relojes se pasan de listos? ¿a
cuántas iglesias has llegado eterna
ignorante sin reconocer que cada
campanario es el muro de los
lamentos donde se curten los
sonidos desteñidos y las palomas
lentas? No hay duda sientes el
cansancio desgarrador de los
viajes el arribo a otros países que
matan con su idioma.

Sin embargo tú la abierta
de corazón con esa
bendita costumbre de
rezar insistes y viajas y
llegas a esos aeropuertos
donde se llora y nadie
viene porque ya nadie te
espera. Tan sólo los

espejos el laberinto de los
espejos.

Reconocer es rasgar las
vestiduras del hogar: tu sueño,
Asteriza. Ese que huyó por un
ventanal generoso. Reconocer es
acaso la tristeza ese hilo hueco de
las lágrimas. ¿Qué ocurre con tu
alma cuando ventilas el
dormitorio o pasas el plumero
por los muebles vacíos? ¿Sientes
por ventura que el hogar se
ausentó en un día incalmo, que
toda la familia resignada a tal
suerte se fue empapada de olvido
y con una leve irritación
en los ojos?

Estás sola no es la casa
que soñaste sino un
recinto negro con ese
balcón colgado de la
horca. Quizá
si despejaras las penas y evitaras
cerrar el ventanal de los
crisantemos blancos uno que otro
huésped de tu tribu se sentaría al
aire libre de la noche invirtiendo
el orden de sus sombras
olvidando el paso de las horas o el
arrebato de una partida
ineludible.

¿Serías capaz de convocar a las
campanas nocturnas esos pájaros de
metal y leyenda que alguna vez
cantaron a tu anillo de hogareña

irreductible? ¿Reconocer es la
tristeza simplemente o te puedes
sobreponer a tal desdicha? Una pena
redime a otra pena nada habría de
sórdido en ese balcón atril invertido
a la copa de los árboles:
tu sombra con la sombra del que
fuera y la visión de los hijos
arrojados al canto profundo de una
estrella hacia otra estrella aún
sabiendo que no hay nada de esto.

Asteriza, Asteriza
en el caos estás tú

Asteriza

Has construido tu oficio con esa
voz deforme que te habla para no
verte.

Es tu presagio bestia buena: los
dioses y los diablos no te asustan la
vida es acaso una mentira la muerte
otro comienzo en el fracaso y así tú
la escribiente de los textos
incendiados la empresaria a golpes
con las manos atadas ya vacías la
anti-madre cayendo brusca la
compleja solitaria tú la imprevista
indagas en medio de lo inútil cada
uno de tus pasos y todo es sentencia
y apatía.

Ruedan los días como lastre
por tus huesos la muerte te
inunda con su traje negro y

brillante caminas las culpas
del olvido la muerte te sepulta
en las ciudades. La aurora yace
por los techos esas
techumbres que te asfixian y
te humillan: ¿dónde tu Dios,
Asteriza? ese que rogaste en la
niñez
mojada
el del campanario azul
aquella Iglesia triste demolida
capilla de tu infancia. ¿dónde
entonces tus rezos esos cánticos
hermosos abriéndose por los
pasillos del sueño? ¿dónde tus
sueños de animala piadosa
dónde por qué tanto
desprecio?

El eco de tus huesos recrea el caos ahora
recuerdo cómo miraban tus muertos la
genética de tu sangre malsana te delata
ahora recuerdo cómo bailaban tus
muertos por cuyos nombres alardeaban
los gusanos.

En tanto qué te importa ya
lo público o lo privado del
sistema qué importancia
tiene Dios en este cuento
qué calvario improvisado
este silencio:
serás la primera sombra que te
llore arrancada de cuajo entre las
bestias los perros, los enanos. ¡Qué
importa que Dios exista o no exista
que se llame Pedro
Juan o Diego!

Da igual para los que nunca
comenzamos
la extremaunción nos refugia
a la intemperie.

En tanto
tarareando el rock
de los difuntos
renuncias a la vida
como culto una vida
oculta a los gritos de
todos una fiesta
celebrando la caída:
tu caída.

Asteriza, Asteriza en
ese fraguar estás tú

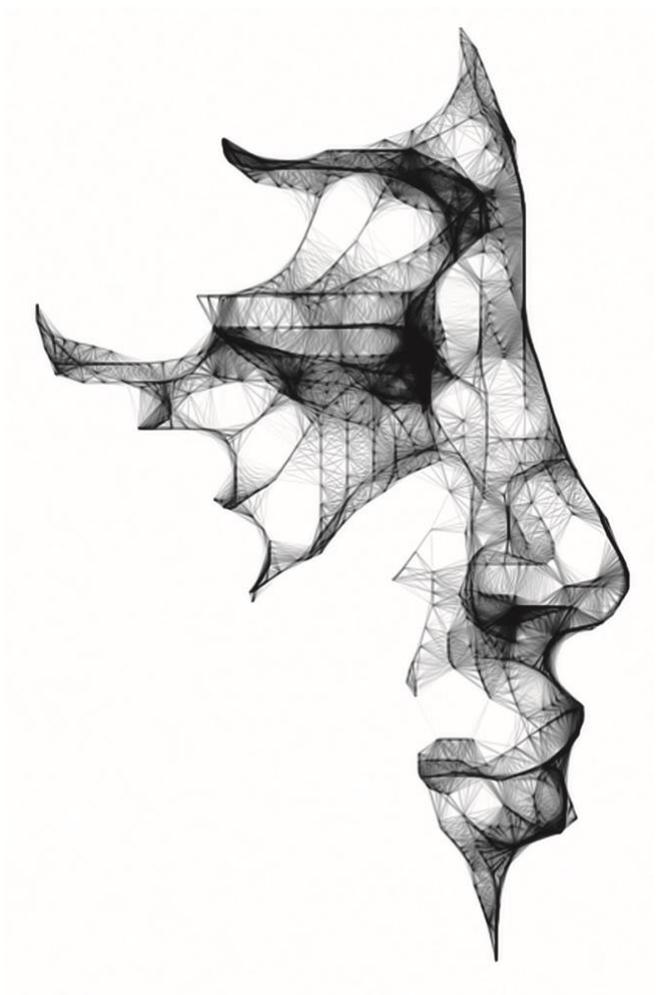
Asteriza
E P Í L O G O

¿En qué país te columpias?

¿es la noche del abismo?

62

I N S O M N I O



64

Cero horas

Desde su escondite, el Insomnio.
Las pérdidas hablan por mis voces.

No ha habido un guión para cambiar el aciago.

Vivo las calles frías, la casa despojada y no
puedo dormir bajo los ojos enlutados de la
Noche.

Seguir rasgando las hojas en blanco.

Continuar helándome en las campanas
inmóviles.

Ser la palabra muerta, me digo.

Estoy a orillas del estupor: tanta acordación
dando vuelta, vueltas.
Es preciso colgar rostros inconocibles.

Abandonar mis máscaras enlodadas.

Me abandono de mí para estrujarme. La noche

es oscura: mandíbula antigua llena de caries.

Una de la madrugada

A nadie hago falta. ¿Existirá la madre cabal, la amante incansable, la casa serena? ¿dónde una lámpara para el futuro ojo: fino, abierto, dilucidante?

Quiero ponerme el traje de la última fiesta,
correr junto a los perros la calle aún cuando
sea la última calle, aún cuando no queden más
calles.

Usaré un sombrero de carnaval aquel que lucen
los espantajos así las luminarias caerán por mi
rostro ahuyentando a las fantasmas.

Golpea el agua sobre el silencio tal vez yo sea

la llovizna. La noche sigilosa abre su hocico

resucitan los perros ciegos bajo la luna.

Dos de la madrugada

En cada insomnio hay un entierro.
El cielo va abriéndose para cuajar en el alba.

¿Se detendrán las auroras en mi copa? ¿acaso

mi insignificancia va camino a los significados?

Quiero dormir sin huesos ni carne quiero
estirar mi lenguaje hacia otro siglo conjurado.

Quiero sobrevivir.

Ser la mujer luminosa, espejo donde la noche
cesa su velatorio, ser la madre cabal para que
las fantasmas se escondan, ser la amante
incansable último misterio de tus ojos, ser la
casa serena, así quedarme entre sus muros y
reír lo que reíamos.

82

Tres de la madrugada

¡Oh delirio!, un corte concluyente en la
bañera.

84

Toda cruz fue antes del desprecio, todo
dios posterior y sucesivo donde no vi el
corte ni el charco como un ojo viscoso
cargado de canas.

¿Recogeré tus inmóviles gritos?

¿Rastrillaré tu extraño latido de eco
nocturno, de pausa indigente?

86

Soy la mujer rebanada por la luna.

Mi respiración sucede leve. Toda la
habitación brilla negro al estilo de
ángeles quemados.

Las fantasmas pasan orando, las fantasmas viven en
calles frías en casas despojadas... ¡no pueden dormir!
Tampoco duermo mirando ventanas donde caminan
las almas en pena.

Un corte, la herida, el gusto amargo de las pastillas, la
anemia cerrando los ojos reblandecidos y lerdos.

Se apagan los cirios, los tenebrarios. Así mis huesos se
echan a aletear sobre la ceremonia nocturna del
autoinmolado de las bañeras.

Cuatro de la madrugada

¿Volverá a latir la vida en la palma de mi mano
deshuellada, herida?

Las voces de los locos conducen al delirio. Me asombra
ser y no ser. ¿Por qué este sino de noche tatuada a la
noche de nadie, de ninguna?

La palabra tañe sin palabras mis manos amordazadas.

Con dificultad escribo el testimonio de mí misma el

que me baja hasta el abismo y me retorna sin pena ni

gloria...

Duele la memoria donde sigo siendo ninguna.

Sobro en el quehacer de los afectos.

Me asemejo a los perros vagos: ladro, aúllo, escapo.

96

Cinco de la mañana

Los dementes, los delirantes caerán por mis
ojos asombrados y nuevos.

98

Me pongo el traje de la última fiesta recojo
mi sombrero, el que usan los espantajos y me

61

largo junto a los perros vagos. Es la última
calle ya no quedan más calles.

100

ÍNDICE

7 POEMAS FRAGUADOS

EN LA MEMORIA PUNZANTE

11 ASTERIZA

63 INSOMNIO

102